

---

## Desarrapados, ariscos, desgarrados y estoicos españoles

---

«¿Es extraño, pues, que en trance tal nos volvamos a investigar hasta dónde nos sea posible, la forma de ser y vivir de un pueblo inmensamente fecundo y al par fracasado, cuyo horizonte de vida y pensamiento nunca coincidió del todo con este grandioso horizonte que nos deja?» Son palabras pronunciadas por María Zambrano en una serie de conferencias llevadas a cabo en México a lo largo del año 1939. «He de confesar que —dice la intelectual exiliada—, hasta julio de 1936, en que España se lanza a la hoguera en que todavía arde con fuego recóndito, no me había hecho cuestión de la trayectoria del pensamiento en España. (...) Pero, la tremenda tragedia española ha puesto al aire, ha descubierto las entrañas mismas de la vida. Esto por una parte, y por otra, que en los trances decisivos, el amor surge absorbente, intransigente. Y así, eso que se llama patria y que antes los españoles, al menos, no nos atrevíamos a nombrar, ha cobrado en su agonía todo su terrible, tiránico, poder.»

España y sus españoles se hace entonces una constante en el trabajo intelectual de María Zambrano, y nos califica de pueblo rebelde, inadaptado, glorioso y despreciado, enigmático siempre. «Su enigma nos presenta hoy —dice en 1939—, un enigma universal, una interrogación sobre el porvenir. Su pasado está vivo, por lo tanto, ya que en él laten las entrañas de este porvenir incierto y que tan desesperadamente esperamos».

Pero a pesar de los enigmas e interrogantes, no duda en afirmar que «en la intimidad de todo español de veras, por muy alta que sea su representación espiritual, alienta siempre este desarrapado, esta criatura arisca y desgarradora, y a poco que acerquemos nuestro oído a su pecho oímos su respiración poderosa. En toda voz española de las que se dejan oír sobre el murmullo de cada día, oímos inequívoco el sonido virginal como de agua rebotando entre piedras, de esta voz originaria para cuyo son, parece haberse hecho la palabra dura, compacta y transparente, vivo cristal de roca de nuestro idioma.»

Zambrano destaca también como nota dominante del español su estoicismo: «La serenidad —dice—, la entereza y naturalidad con que el pueblo español atraviesa los trances amargos que con tanta prodigalidad le ha deparado el destino, coinciden con la idea que comúnmente se tiene de la moral estoica, nervio y justificación de toda su doctrina. Y cuantos hayan escuchado el viril lenguaje del hombre anónimo de Castilla y de la escueta Andalucía, habrán tenido la sensación de escuchar vivo y como brotando de su fuente, el lenguaje cortado y llano de Séneca.»

Puntualiza entonces que en España se tiene que separar el estoico consciente, definido, manifiesto, del popular; el estoicismo, en suma, sabio, del estoicismo popular, que parece correr en una tradición honda, a veces analfabeta. «El estoicismo sabio ha significado —dice—, en efecto, el lado laico de nuestra cultura y el casi

exclusivo pensamiento filosófico, fuera de los que se desarrollaron al calor de las religiones conocidas que han poblado la península. Cuando el español no ha vivido dentro de una religión, ha venido a ser fatalmente estoico.»

## El pasado más próximo

Que para saber del presente es preciso conocer al fondo la época precedente, es un principio que María Zambrano no sólo predica sino que ejerce, y siguiendo este principio, se nos muestra como honda conocedora de Pérez Galdós, Unamuno, Ortega, Azorín y otros, como profundos conocedores que a su vez son de lo que ha sido la realidad española en un pasado muy próximo.

«Y en este remolino ensangrentado que es la vida española del siglo XIX —escribe—, lo que Galdós nos da en toda su integridad es la vida misma, la sangre misma. La vida del español anónimo, de oscuro nombre genérico, que va pegada a un pueblo, a una comarca, a un trozo de tierra, en fin, con sus viñedos y garbanzales, con sus trigales y roquedas, o a una ciudad plantada en el desierto, rodeada de vertederos y escombreras, de téticas estaciones de ferrocarril como Madrid.»

María Zambrano habla del monstruo de la España que asoma su rostro a la novela de Galdós; la España del harapo y la locura, de la mezquindad y el disparate, de la prodigalidad y el absurdo. Pero no olvida señalar: «humilde, dispersa, misericordiosa, más que ninguna otra, es la obra de Galdós; transparente como ninguna otra las cuestiones más decisivas de nuestra historia, los sucesos más trascendentes de nuestro ayer y el fuego vivo del presente. Ahí está como un inmenso regalo para satisfacer nuestra necesidad de conocimiento, nuestra extremada pobreza en el saber de aquello que más nos importa».

Cuando el siglo XIX toca a su fin y el XX llama a la puerta y entra, la Zambrano, como otros intelectuales españoles, apunta la existencia de un anhelo: el anhelo de reducir este mundo de demencia reinante, de encontrar la medida salvadora que hiciera volver a España de su desquiciamiento a la vida, el afán tímido de recobrase no ya para heroicas empresas, sino para vivir mesurada, discretamente. «Es el tiempo —dice— en que hasta el exabrupto va cargado de ansia de moderación, en que hasta el extremismo lo es por apetencia de medida. En suma, es el año de 1898, en que España, la pobre, desposeída España, se retira a su casa víctima de la última bancarota, víctima de su torpeza, su ingenuidad y su prodigalidad. Y comienza a alzar su voz la razón.»

En Unamuno y Ortega ve María Zambrano dos claras voces de la razón que se interroga acerca del remedio que tiene España, si lo tiene. «Y ya no pretende nada —dice en una de sus conferencias pronunciadas en México en 1939—, ni pide ni obliga a nada; todo lo más interroga. Si interroga, es inquietud y pensamiento, ansia torturadora: Unamuno. Si interroga con una renunciación por el pronto, renuncia que engendra una decisión: salir de España para traerle filialmente lo que necesita, para proseguir con esperanzado anhelo día a día la persecución de que sea España, es decir, de cuál sea el bien de España, en Ortega y Gasset. Son tal vez las dos actitudes activas

que hay en la península, aunque más activa y dirigida a la eficiencia, como de un más ordenado amor en Ortega.»

Y refiriéndose a Azorín, dice Zambrano: «Hay un escritor, Azorín, cuyo rasgo característico es la sensibilidad, la sensibilidad para lo vulgar, menudo, cotidiano y pequeño». De él dice también que «nos presenta una España suspendida, detenida. Nos presenta a una España toda ella dentro de la melancolía. Es a través de la melancolía como vamos a encontrar a España; melancolía que es universal porque es la del tiempo que corre, pasa y no vuelve».

La España de finales del siglo pasado y principios del presente siglo, vive dos tiempos: el tiempo histórico, la melancolía de un ayer mejor, y el otro tiempo, el que pasa minuto a minuto, el tiempo gris, que cae insensible y cierto. Dos tiempos que dan la melancolía de una España más plena y henchida que se fue y el tiempo de la España que se está yendo por momentos. «Una irremediable melancolía envuelve todo esto —escribe la pensadora—, porque frente al transcurrir del tiempo no hay nada por parte de quien así lo contempla, no hay ninguna resistencia ni un sí ni un no. Solamente mirada, espejo que refleja otro espejo, contemplación que multiplica este pensar de la corriente del tiempo como en una galería de espejos. Pues yo que miro pasar el tiempo en las cosas, lo siento pasar al par dentro de mí; es mi tiempo también el que pasa.»

«Es el momento de *El Espectador* —concluye—, el momento de la interrogación, en que España a través de sus mejores hijos, se vuelve hacia sí y se interroga. Azorín comenzó también interrogando, pero el amor le venció y la respuesta ha sido la melancolía de una España fantasmal, quieta, detenida, sin tragedia. De una España que poseemos sin dolor y conservamos sin esperanza.»

## Solidaridad entre los intelectuales y el pueblo

María Zambrano, nacida en Vélez (Málaga) en 1907, tenía veintinueve años cuando comenzó la guerra civil española, mientras ella estaba en Chile ejerciendo su función y vocación intelectual. A mediados del año 1937 regresó a España y fue miembro del Consejo Nacional de la Infancia Evacuada, de la Comisión de Historia de la Guerra y de la Comisión de Literatura y dirigió la última época de la revista *Hora de España*. Como «un entonces al modo de una aurora desvalida —dice Zambrano refiriéndose a la II República—, alzándose sin pestañear sobre la negrura que ya masticaba su presa. Una aurora nueva como el resurgir de una España niña. «La Niña» fue llamada la República decimonónicamente... Y por ello no era una denominación al uso. No nos sentíamos herederos de nada. Hijos sí, esto sí, con la función propia del hijo desde siempre, la de tener que despertar un tanto a sus padres.»

Al referirse a la guerra española de 1936, María Zambrano la califica de mítica, por tratarse de uno de los pocos mitos de esta época que no acaba de pasar, que no fluirán hasta que su verdad no se haga visible.

«Y así —escribe en 1977 en el prólogo de su libro *Los intelectuales en el drama de España*—, quienes con la pasión de la llama acogimos en nosotros el germen del mito sabemos sin engaño algo de su génesis, si se es leal a aquello vivido tal como se vivió,

cuando no se sabía que fuera a ser un mito, y por tanto resultaba inimaginable. y lo más desleal habría sido vivirlo como un mito. Pues que vivir un acontecimiento, sea histórico o simplemente personal, en función mitificante es negarlo como verdad. Ni tan siquiera el vislumbre de que tal suceso llegue a ser algún día un mito sería soportable.»

María Zambrano desea que se lleve a cabo la tarea de la experiencia: «Extraer de la realidad relativa —dice— la verdad subsistente; de la mezclada sustancia, la esencia indeleble».

Y la experiencia, su experiencia, le hace escribir en 1977: «Y, por desventura, el dintel de aquel conflicto entre el hombre que pide vivir y la historia, la antihistoria más bien, que lo condena sigue en pie. No ha habido “progreso” alguno sino en la abismática caída que reitera su amenaza. A los males de la guerra han sustituido en la fingida paz la tortura declarada y establecida en formas innumerables, la proliferación del horror metódicamente cultivado: la degradación última de la razón occidental: que al horror ofrece su método. El método sin un gramo ya de respeto a la inocencia que, eso sí, retoña inagotable con invencible aliento; retoñar, sí es, lo que más cuenta. Y de la inocencia justamente se trata. De la inocencia indispensable para que un soplo inextinguible de verdad la sostenga. La inocencia que fecunda la razón librándola de ser una mera construcción que en su caída se degrada en ser un ciego instrumento. Y en verdad el drama de España nos despertó más que a la conciencia a la inocencia, no a la ingenuidad, según ese reiterado reproche que se nos dirige nacido de la simpatía».

Se trata de «el momento histórico que no acaba de entrar en el pasado», y así lo llama María Zambrano en el capítulo que titula, «La experiencia de la Historia (Después de entonces)», que trata del período de la guerra civil española.

## El fascismo o la falsificación del hombre

Para explicarse estos años que van de 1936 a 1939, sus acontecimientos y consecuencias, es fundamentalmente ahondar en lo que fue y supuso el fenómeno fascista. Zambrano dice que si la guerra europea hubiera verificado la conversión que el hombre occidental necesitaba, el fascismo, fenómeno típico y claramente erigido en la postguerra y desconocido hasta ella, tal vez hubiera evitado, o por lo menos considerablemente disminuido. «Pues el fascismo —puntualiza— nace como ideología y actitud anímica de la profunda angustia de este mundo adolescente, de la enemistad con la vida que destruye todo respecto y devoción hacia ella. Rencores y resentimientos profundos que no han podido romper su costra.»

«El fascismo pretende ser un comienzo —dice en “La inteligencia y el fascismo”—, pero en realidad no es sino la desesperación impotente de hallar salida a una situación insostenible; desesperación aferrada a su propia limitación. Lo que tiene de grave el fascismo, lo que le lanza al crimen, es el aferrarse a unos límites, el ser rebelión y violencia para no abandonar una posición por lo demás inhabitable.»

Al identificar al fascismo con un negarse a reconocer la realidad, la dura realidad escribe Zambrano: «El fascismo nos muestra la desgracia que para el hombre es el conservar las palabras, los conceptos sin vida ya, de cosas que han sido y ya han

dejado de servir. Sería mucho mejor que cuando tales épocas llegan, el hombre olvidase todo lo que en otros tiempos sirvió para su grandeza y se encontrase de nuevo solo».

Zambrano se muestra profundamente convencida de que es preciso reconocer las necesidades de cada época, «pues sólo a través de las necesidades —escribe en 1936— encuentra el hombre su libertad».

«Hay una cáscara en el fascismo —dice en la misma fecha—, hay un nudo estrangulado en el alma del fascismo que le cierra a la vida. Es la misma que veíamos en el idealismo europeo hacia la realidad, es la misma cerrazón que desde el romanticismo se ha ido agravando hasta llegar al tedio y a la incapacidad de experiencia. El fascismo ha elevado un culto a los “Hechos” pero comienza eludiendo todo hecho y creándolo con su violencia; diríamos que como el criminal no cree en más hecho que en el que él realiza. Es el mismo desprecio del orden de las cosas y de las cosas mismas. Y esto es lo que hace no ya que el fascismo cometa crímenes, sino que él mismo sea un crimen: porque obra sin reconocer más realidad que la suya, porque funda la realidad en un acto suyo de violencia destructora. Es un cristianismo del revés, un cristianismo diabólico en que se pretende sentar un mundo sobre la sola violencia de un hecho realizado porque sí, en virtud del afán de poderío.»

Zambrano apunta los comienzos de lo que desembocará en el fascismo, allá por los finales del Renacimiento: «Después del Renacimiento —escribe—, por complicados caminos, el hombre fue falsificando, desrealizando cada vez más la imagen y hasta la idea de su vida. Se fue idealizando hasta llegar en su soberbia a presentarse una imagen de su existencia coincidente con su ideal. La identidad estaba lograda. La inteligencia ha perdido la conciencia de sus pecados, diríamos: ha reducido el orbe a su medida y todo le es permitido. La inteligencia no delinque, todas las ideas al participar de la idealidad se quedan a salvo. Las ideas deben ser rebatidas con las ideas, y cada vez queda menos lugar para mirar a la realidad de frente».

«El idealismo: la altísima idea del hombre que el europeo se formó a través del cristianismo y del Renacimiento —dice también—, no le ha permitido contemplar la imagen clara del funcionar real de su vida; una repugnancia infinita le defendía de esta realidad. El hombre se evitaba a sí mismo y eludía su propia imagen.»

## Los caminos intelectuales del fascismo en España

Como otros intelectuales, María Zambrano ve que el fascismo brota de una impotencia, de una energía detenida, de un estrangulamiento europeo. «Era casi imposible que en España brotara —escribe en 1936— porque España tenía su propio conflicto; digamos que el alma española y su historia estaban también estranguladas, pero por tan distinto proceso que en Europa, que no cabía apenas pensar que el fascismo brotara de esta angustia española.»

«El fascismo en España —dice entonces— hubiera sido doblemente falso; falso en dos estratos de falsedad. Una, la primaria del fascismo. Pero esta salida del fascismo respondía en Europa a una desesperación, a una situación imposible de salvar por una clase social hasta entonces directora: la burguesía, incapaz ya de continuar adelante

dando nuevas soluciones y al no poder darlas se dispone con sus energías a cerrar el paso al porvenir, cueste lo que cueste.»

«El fascismo en España —añade— hubiera sido sombra de sombra, falsificación de falsificación, puesto que no teníamos ni gran capital, ni burguesía tan brillante en Europa y tan exhausta en España, ni idealismo de que salir...»

¿Por qué medios, por qué caminos intelectuales se abrió paso el fascismo en España? ¿De qué situación salió y contra qué se dirigía? María Zambrano se responde: «Era evidente la separación real, la escisión que en España había desde largo entre la España viva y la España oficial. Esta última era una especie de nombre puesto, de careta que al par de ocultar impedía el crecimiento de la España viva».

«Se va marcando cada día más —escribe en 1936—, como distintivo de estas dos castas de españoles, esta manera de sentir y nombrar a España. Los oficialmente españoles, los que habían establecido el estanco del patriotismo, y poseían título oficial de defensor de la patria, la nombraban y la deshacían. De ellos descienden los que hoy al grito de “¡Arriba España!” la entregaron a ejércitos del fascismo hambriento que quiere la riqueza de nuestro sol y de nuestras minas. Entonces no llegaron a tanto, pero malversaban los fondos en Cuba y en Filipinas, huían en Marruecos y desconocían cada vez más a su pueblo. Ya era bastante y preparaba el camino a la traición de hoy.»

«Los otros —dice también—, los españoles herejes, los que gemían y gritaban por España, los que la iban buscando por montes y valles, por ciudades y libros, vivían en plena rebeldía, mirados con terrible hostilidad por las clases oficiales, por las llamadas “fuerzas vivas”.»

María Zambrano destaca tres grupos que se le aparecen de esta buena casta de españoles, «tres grupos entonces, a los que siempre se les deberá reconocimiento por su rebeldía y por su búsqueda de una más firme y más feliz España; tres grupos de raíz y pretensiones diversas, de resultados y sino distintos, que son bien distinta cosa pero coincidentes en aquellas décadas en estar en pie de guerra contra la falsa España, contra la máscara de la España viviente y verdadera. Son estos tres grupos, el partido Socialista, fundado por Pablo Iglesias, la Institución Libre de Enseñanza y la llamada generación del noventa y ocho.»

«Eran, cierto es —especifica—, muy distintos, y cada uno traía una apetencia, una imagen diversa de la España por venir. La generación del noventa y ocho era más una crítica que una petición concreta. El más concreto en sus requerimientos era, sin duda, el partido de Pablo Iglesias.»

## Los poderosos españoles y los intelectuales españoles

De los poderosos españoles y su relación con los intelectuales, escribe María Zambrano en la década de los años treinta: «Justo es observar que como en España las clases sociales más poderosas han tenido un profundo desprecio por lo intelectual, al que jamás se dignaron tratar, no era muy lucrativo ni fácil —por parte de los intelectuales— el disfrutar de su cobijo. Ha sido menester que se sintiesen en peligro, y como en caso urgente y extremo se hayan decidido a servirse de los oficios de algún

intelectual alquilado para el caso, un García Sanchiz, un Pemán que era de ellos, un Eugenio Montes... pero tuvieron que verse los señoritos muy apurados y plegarse los intelectuales a todo, renunciando hasta al decoro de la forma intelectual».

La otra faceta de la época fascista que María Zambrano destaca, en lo referente a actitud intelectual del fascismo, «es más honda y triste —dice—, es la incapacidad de crear». Lo explica al exponer que es el contraste con unas dotes, con unas capacidades, con unas armas retóricas sin empleo. Se trata del desocupo efectivo de la inteligencia. «Así —señala— como el fascismo en el terreno económico se origina en gran parte en el flotar sin tener a qué agarrarse del “sin trabajo”, en el terreno intelectual viene también de una falta de auténtico quehacer, de una cesantía de la vocación. La inteligencia flota en el vacío, pero el hombre no puede estar sin hacer nada, no puede permanecer sin esforzarse en algo, siquiera sea en hacer que hace. Ante la nihilidad que le rodea, ante la nada en que flota, la inteligencia sin vocación se retuerce sobre sí y se traiciona.»

Es importante este punto de la falta de presencia de una realidad que presione. Esta falta de sentir la realidad, llega a transformarse en el fascismo, en un evadir la realidad, en una huida sistemática y encubierta de la realidad. «Pero como la realidad está ahí —insiste Zambrano—, sigue existiendo, hay que aplastarla y aniquilarla. Todo fascismo acaba en matar, en querer matar aquello que no quiere reconocer.»

María Zambrano asegura la imposibilidad de encontrar juntos creación intelectual y fascismo. Insiste en que el intelectual que recorre el camino de la vocación, de un quehacer que responde a una exigencia real; el que ama la realidad y aún sin proponérselo la sirve, no resulta jamás fascista.

En el pensamiento de María Zambrano el fascismo queda identificado con la negación total: una enemistad con la vida, una impotencia de recibir la realidad que hace imposible la creación intelectual, un infierno de la inteligencia; donde no se ama, donde no se espera.

Un denominador común nos marca María Zambrano a los españoles en general: criaturas desarrapadas —nos llama—, ariscas, desgarradoras y estoicas. Y una diferencia radical, también señala entre unos españoles y otros: los que son fascistas y los que no lo son.

ISABEL DE ARMAS  
*Juan Bravo, 32*  
MADRID-6.